

el carácter de los caballeros mientras que su instituto no degeneró en quijotismo.

«En lo que se echa de ver, observa Balmes, que todo cuanto había de bueno en aquella exaltación de sentimientos, todo provenía de la religión, y que si de ella se prescindía, solo vemos al bárbaro que no conoce otra ley que su lanza, ni otra guía en su conducta que las inspiraciones de un corazón lleno de fuego» (1).

Tales son las influencias del espíritu católico sobre la guerra y el valor militar. En donde parece que todo es vicio, forma virtudes: en donde todo es ira, introduce la moderación y la caridad.

§ VI. — *La guerra bajo el punto de vista protestante. — Las guerras de religión.*

Ninguno se atreverá á decir que la doctrina católica por sí misma es causa de guerras y perturbaciones; pero esto no solo puede decirse del protestantismo, sino que la razón y la historia lo demuestran con la mayor evidencia.

El protestantismo, siguiendo las huellas de los antiguos herejes, renovó en el siglo XVI las sangrientas escenas de los arrianos, de los maniqueos, de los iconoclastas y de los husitas, pues es propio de toda herejía encender la guerra y llevar el exterminio por donde quiera que pasa.

Desde la aparición del protestantismo y las detestables predicaciones de sus corifeos, se convirtió la Europa en un inmenso campo de batalla, mezclándose las ambiciones políticas con las disensiones religiosas. La guerra civil ardió tenaz y furiosa en Suecia, Dinamarca, Noruega, los Países Bajos, Francia y Alemania; y donde prevalecieron los reformadores, lo llevaron todo á sangre y fuego, y cometieron tales horrores, que apenas serían creíbles en hordas salvajes (2). Su sistema era saquear é incendiar las Igle-

(1) Obra. cit., cap. 27.

(2) Véase *El protestantismo intolerante y sanguinario*, por el marqués de Meri de Montferrand.

sias, destruir los Monasterios y degollar á los Sacerdotes y Religiosos. No es necesario insistir en este punto, pues nadie ignora aquellos excesos.

No eran de extrañar ciertamente estas escenas, que habían sido provocadas expresamente por los mismos fundadores de las sectas. «Para establecer el Evangelio es preciso derramar sangre, escribía Lutero. Si castigamos á los ladrones con la horca, á los asesinos con la cuchilla, á los herejes con la hoguera, ¿por qué no haremos lo mismo con los infames predicadores de la corrupción, el Papa, los Cardenales y los Obispos? Sí, nosotros debíamos caer sobre ellos con toda suerte de armas y lavarnos las manos en su sangre» (1). Calvino escribía en una de sus cartas este consejo sanguinario: no hagais escrúpulo de *librar* al país de esos celosos bribones, que quieren hacer pasar por desvario nuestra creencia; semejantes monstruos merecen ser estrangulados (2). Herman predicaba la matanza de todos los Sacerdotes y todos los magistrados del mundo; y sabido es también el fanatismo feroz de Harlena y de Juan de Leide. Así es, que la sangre corrió á torrentes. No bastando á su furor atacar á los católicos, se devoraron los protestantes unos á otros con las armas en la mano, á medida que el espíritu privado multiplicaba las sectas; de lo cual son buena prueba, por no citar otras, *la guerra de los rústicos*, promovida por los anabaptistas, y *la guerra sacramentaria*. Nadie ignora el aborrecimiento y rencor que se profesaban mutuamente los fundadores del protestantismo, y, por consecuencia, sus respectivos partidarios; y las infructuosas tentativas, reuniones y otros pasos que en el trascurso de muchos años se dieron para reconciliarlos. Pero no consiguieron su objeto, porque la división de los ánimos es esencial al protestantismo. Hé aquí, pues, que éste lleva esencialmente en sí mismo un germen fecundo de rebeliones y guerras.

(1) Así se explica en su libro contra el papado de Roma, en el del fisco, y en todas sus obras.

(2) Carta á Buet Bolsec, *Vida de Calvino*, pág. 29.

Estas guerras, ocasionadas por el principio protestante, tomaron un carácter de encarnizamiento y ferocidad, que no se había visto desde los tiempos del paganismo. Impulsados por el génio del mal, parecía que tenían un placer en destruir. ¿Quién puede leer sin estremecerse la historia del calvinismo en Francia y en los Países-Bajos, y las crueldades cometidas en sus guerras? ¿Quién no se estremece al leer los excesos de los luteranos de Alemania en las provincias de Suabia, de Franconia y de la Alsacia? ¿Quién ignora cómo se estableció la reforma en todas las naciones? Por lo tanto, era muy natural que los católicos tomasen represalias para vengar los ultrajes y violencias de sus enemigos, y que se recrudesiesen las guerras.

Bien sabido es que las guerras religiosas son las más terribles, y que se distinguen de todas las demás por la impetuosidad con que se emprenden, la tenacidad con que se continúan y lo horrible de las escenas que en ellas se presencian. Es que, mediando los intereses religiosos, siéntese el hombre impulsado por lo más fuerte y vivo que puede obrar sobre el corazón: la fortuna, la vida de sus semejantes y hasta la propia son nada á sus ojos, desde que se trata de lo más grande y augusto que hay en el Cielo y en la tierra. Así se explica la exaltacion que producen estas guerras y las atrocidades á que dan lugar. Pues bien, el protestantismo es responsable de haber multiplicado tales horrores.

«A los apóstoles de la *tolerancia*, á los hijos de la *filosofía* anticristiana, á los que por sistema, por preocupacion, por ignorancia ó por empeños de cualquier naturaleza, se atrevan todavía á culpar á la religion de los crímenes propios de sus hijos díscolos ó de los sectarios del error, les queda un solo recurso: el de manifestar con verdad y desinterés una sola ciudad, un solo pueblo, la más pequeña aldea en que, dominando los protestantes, hayan tolerado á un solo católico: y presentarlos igualmente libres de los cargos de *agresores que contra ellos resultan en todas las guerras que denominan de religion*, y que de parte de sus promovedores

haríamos bien en llamarlas *guerras del error contra la verdad, y de la anarquía contra el orden*» (1).

Porque los católicos estaban en posesion de su fe y de su religion cuando aparecieron los protestantes, atacándola injustamente; tenían, pues, el derecho de defenderla con las armas en la mano. Cuando se emprende una guerra con el objeto de extender la religion é imponerla á otros por la fuerza, no hay duda que es injusta: porque la religion no se ha de extender y propagar con las armas, sino con la luz de la verdad, ni gana los corazones por la violencia, sino que los atrae por la persuasion y la caridad. Pero si se hace la guerra para defender la religion de algunos agresores injustos, que tratan de oprimirla y se empeñan en arrebatarla de los corazones de los pueblos, no puede ser más evidente la justicia de la guerra movida por esta causa. Porque siendo la religion el mayor bien del hombre, supuesto que se refiere á su felicidad suprema y eterna, confiere al hombre y á la sociedad el mejor derecho de pelear contra los sacrílegos que la atacan. Más todavía; no solo hay para esta guerra un derecho indisputable, sino tambien un deber, que nace de la obligacion que tenemos de defender y conservar la gloria y el honor de Dios con preferencia á todos los bienes. De manera que, en las guerras religiosas de la reforma, toda la razon y la justicia estaban de parte de los católicos, toda la injusticia y el atropello de parte de los protestantes.

Los católicos luchaban por defenderse; los protestantes por propagarse é imponerse violentamente, semejantes en esto á los sectarios de Mahoma. Jamás podrá decirse que el principio católico ha promovido una guerra injusta, y el principio protestante ha sido causa directa de muchas.

Mas con un breve paralelo se notará todavía mejor la diversa influencia sobre la guerra del principio católico y del principio protestante.

(1) Ilmo. Sr. Obispo Monescillo, adiciones al artículo *Guerras de religion*, en el dice. de Bergier.

El Catolicismo ha tratado siempre de impedir las guerras y moderar su fiereza; el protestantismo, como hemos visto, es un germen fecundo de ellas, y las hace más encarnizadas y durables.

El Catolicismo predica el amor á los enemigos, la moderacion, el respeto á la propiedad; ya hemos visto que los jefes del protestantismo predicaban el exterminio y la matanza, y la confiscacion de los bienes eclesiásticos. Conocido es el tratado *Del fisco comun* de Lutero, lleno de ideas disolventes y anárquicas.

El Catolicismo predica obediencia á los príncipes y autoridades; hé aquí lo que Lutero escribía á su soberano: «Si me es permitido por amor á la libertad cristiana, no solamente despreciar, sino aún hollar bajo mis piés los decretos de los Papas y de los Concilios, ¿pensais que respetaré bastante vuestras órdenes para mirarlas como leyes?» Donde quiera que los protestantes tuvieron fuerza, dice Grocio, protestante él mismo, se rebelaron contra la autoridad y perturbaron el Estado.

El Catolicismo hace valiente al soldado, el protestantismo lo hace feroz.

El Catolicismo forma á los héroes, el protestantismo á los fanáticos.

Cuanto mejor se practicase el Catolicismo, habría más sumision á la autoridad, y, por lo tanto, más paz.

Cuanto mejor se practicase el protestantismo, habría más libre exámen, y, por lo tanto, más division, más guerra.

§ VII.—*La guerra bajo el punto de vista indiferentista.*—
La CRUZ ROJA.

Tanto el protestantismo como el indiferentismo, encontraron ya á la Europa civilizada por la influencia del Catolicismo, restaurado el derecho de gentes y moderada la fiereza de las guerras. Si hubieran encontrado al mundo en el estado en que lo halló el Catolicismo, ¿qué hubieran hecho? La imaginacion no alcanza á medir los horrores de que hubiera sido víctima la sociedad.

Es un hecho indudable que, á medida que ha ido cundiendo la indiferencia religiosa, las naciones se han hecho más desconfiadas y recelosas. En todas partes se han multiplicado las guerras, las revoluciones y los motines, y se han aumentado los ejércitos. Y es que el indiferentismo es un estado latente de guerra. Al prescindir de la autoridad divina, al emanciparse del yugo suave de la religion, es natural cuidarse poco de la autoridad humana. Este no tiene otro medio de hacer valer sus derechos sino la fuerza.

Por eso, nuestra civilizacion moderna, tan decantada, no piensa en otra cosa que en inventar instrumentos de destruccion y perfeccionar las armas, haciéndolas cada vez más mortíferas. ¿Quién puede contar los sistemas de fusiles y cañones inventados en los últimos veinte años? Aquellos son tenidos por mejores con los cuales se puedan quitar más vidas en ménos minutos, y que arrojen á mayor distancia y precision el plomo asesino. La guerra y sus elementos tienen una importancia primaria para todos los Gobiernos, y consumen la mayor parte de las rentas de los pueblos. Puede decirse que todas las naciones viven en un estado perpétuo de guerra, pues mantienen sus ejércitos y marina lo mismo que si la hubiera. Por último, y abandonamos esta idea á los hombres pensadores como un dato para juzgar la civilizacion moderna; hoy más que nunca la grandeza de las naciones se mide por el número de sus cañones, y por su preponderancia militar. ¿No es esto proclamar el imperio de la fuerza? ¿No es retroceder á aquellos tiempos en que no había más ley que la espada?

Nadie puede dudar que esto es efecto de la influencia que ejerce el indiferentismo sobre las sociedades modernas. Los Gobiernos que han proclamado el principio del *Estado ateo* se ven precisados á multiplicar sus ejércitos, porque conocen, que para hacerse respetar de propios y extraños, no pueden invocar otra ley que la fuerza material. Los Estados que todavía tienen la religion como el mayor de sus bienes y el primero de sus deberes, se ven tambien precisados á hacer lo mismo, al ver cómo se preparan los demás.

Cuando dos naciones chocan, lo cual sucede con demasiada frecuencia, la guerra toma unas proporciones terribles. Es cierto que las campañas son más breves, por efecto del armamento y medios de locomoción; pero producen mayores estragos materiales y mayores pérdidas. ¿Cuándo se han visto escenas más horrosas que en la última guerra entre Francia y Prusia? En pocos minutos se veía el campo de batalla cubierto de muertos y heridos por causa de la ardiente lluvia de balas que arrojaba un ejército tan numeroso armado de los nuevos fusiles. En poco rato era arrasada una ciudad por los atroces cañones y trenes de batir de los nuevos sistemas. En poco rato también era incendiado cualquier edificio por las bombas de petróleo y glicerina arrojadas á una distancia fabulosa. La historia no hace mención en todo el trascurso de los siglos de una destrucción mayor en más breve tiempo.

Con el nuevo sistema de guerra, en que apenas se hace uso del arma blanca y no se combate sino á distancia, casi no es necesario el valor personal del soldado. Basta que no flaquee su corazón y que sepa hacer con regularidad y precisión las maniobras y evoluciones que le manden los jefes, semejante á una máquina viva, que se mueve en combinación con otras, y cuya suma de fuerzas y resultado de movimientos se averigua sobre el papel, como un problema de matemáticas. En todo caso, ¿qué valor ó qué entusiasmo podría comunicarle el principio indiferentista ó materialista? ¿Qué puede prometer al soldado para después de su muerte? La nada; y nadie ignora que el que nada espera después de esta vida es cobarde para morir. El indiferentismo no puede presentar á los ojos del soldado ninguno de los motivos que enardecen el valor.

Hay una nación desgraciada en donde arde actualmente la guerra civil, y sobre sus campos de batalla puede apreciarse la diferencia que hay en la guerra entre católicos é indiferentistas: la misma que hay entre caballeros y bandidos. Los frutos son siempre como el árbol que los engendra.

Y, además, ¿con qué derecho los lleva á la boca de los

cañones, sacrificándolos muchas veces al triunfo de la ambición? ¿Haciéndolos instrumentos necios de los ascensos de los jefes? Los soldados lo han comprendido, y son lógicos al indisciplinarse. Efectivamente; dado el principio indiferentista ó materialista, no se comprende mayor tiranía que presentar delante de la muerte á miles de hombres, cuya sangre nada significa para el egoísmo de un general: llevarlos como un rebaño á defender una idea que no es la suya, ó á sostener una situación que aborrecen todos sus conciudadanos: ó si se trata de una guerra extranjera, á derramar su sangre, no precisamente por la patria, sino por la ambición ó el orgullo del jefe de la nación.

Por otra parte, un ejército sin fe hace la guerra sin compasión y sin cuidarse de las leyes de la humanidad y del honor, á diferencia del soldado católico, que pelea con nobleza y generosidad, y con conciencia de la noble causa que defiende.

Como consecuencia de esta falta absoluta de creencias, el materialismo considera la guerra como una especulación, como un negocio. Antes de hacer la guerra, medita si le conviene, y en caso negativo, no duda arrastrar por el suelo el honor de la patria y sufrir cualquiera humillación. Nunca imitará á Mendez Nuñez, ni ménos á Guzmán el Bueno; pero imitará con gusto la conducta rastrera de los que á principios de este siglo besaban la mano de Napoleón.

El Catolicismo se aprovecha de las guerras con pueblos infieles para enviar sus Misioneros, el materialismo para desarrollar el comercio; el Catolicismo para civilizarlos, el materialismo para explotarlos; el Catolicismo para plantar en ellos la cruz, el materialismo para plantar una factoría.

Lamenta el Catolicismo la sangre que se derrama en las guerras, al paso que el materialismo las considera útiles y á veces necesarias para disminuir el exceso de población: el Catolicismo mira á los soldados como hombres, el materialismo los considera como números.

Y, ¿qué hace este sistema para evitar las guerras? A lo

sumo enviar algunas notas diplomáticas, y si no producen efecto, se encierra cobardemente en el funesto principio de *no intervencion*. ¿Qué resultado han dado los célebres *Congresos de la paz*?

¿Qué hace para remediar sus consecuencias? Lavarse las manos y sentar el absurdo, el inícuo, el inmoral principio de los *hechos consumados*.

¿Qué hace al ménos para mejorar la suerte de los combatientes? Organizar la asociacion masónica la *Cruz Roja*, y cantar sus alabanzas en todos los periódicos, que se las prodigaban con tanto más gusto cuanto que no es asociacion religiosa ni católica. Es una asociacion de filantropía, es decir, de caridad humana, y que no puede ejercerse sino de modo humano. Le falta el principio de la verdadera caridad, que es la fe, y, por lo tanto, sus esfuerzos no pueden ménos de ser estériles por decantados que sean.

Esta asociacion así fundada, tiene por objeto recoger los heridos en el campo de batalla y cuidarlos en los depósitos hasta su curacion. Pueden pertenecer á ella los hombres de todos los países, de todas las opiniones y de cualquiera religion.

Nada diremos de sus intenciones, que algunos las suponen hostiles al Catolicismo, y afirman que se propuso hacer inútiles los servicios de las *Hermanas de la Caridad*. Nada diremos de las numerosas quejas suscitadas contra esta asociacion, si cuidaba y recogía á los heridos de un campo con preferencia á los de otro, si algunos de sus individuos ejercían el espionaje, si impedían á los moribundos recibir los auxilios espirituales que pedían, etc. Estos rumores podían ser más ó ménos fundados, y acaso calumniosos. Prescindiremos tambien de que esta asociacion, que se propone ejercer la caridad, no ha contado para nada con la Iglesia, ni se ha cuidado de las disposiciones canónicas sobre fundacion de asociaciones piadosas y caritativas, lo cual es causa de que muchos católicos la miren con recelo (1).

(1) Véanse los notables artículos publicados en la re-

Solamente nos fijaremos en sus resultados, comparados con los de la caridad católica. Recuérdese el heroismo, la abnegacion, el celo de las *Hermanas de la Caridad*, durante la guerra de Crimea en 1854, que llenó de asombro y admiracion al universo, y véase cuánta es la diferencia que hay entre ellas y la *Cruz Roja*. Véase lo que hizo esta asociacion durante la guerra franco-prusiana, en la que llevaba el nombre de la *Internacional*, y se entenderá lo que vale el amor á la humanidad, si no es vivificado por el espíritu católico. Recuérdese la ternura y la solicitud de las *Hermanas de la Caridad* en Castelfidardo y Mentana con los enemigos heridos, y compárese con la conducta de la *Internacional* en Enero de 1871, cuando se vieron en Francia casos, en los cuales los heridos pasaron noches enteras sobre montañas de nieve.

«La Cruz Roja, dice el periódico citado, no se funda en la fe, y, por lo mismo, no puede tener la abnegacion que lleva al martirio. La caridad masónica, filosófica, humanitaria, filantrópica ó como quiera llamarse, es tan útil para producir ruido cuando no hay peligro, como incapaz de prestar verdaderos servicios cuando una epidemia hace estragos ó cuando empieza á oirse el estruendo del cañon.»

«Durante el sitio de París, segun refirieron todos los periódicos de aquel tiempo, se vieron y se admiraron ejemplos de verdadero heroismo. Pero, ¿quiénes eran sus autores? ¿Los miembros de la Cruz Roja? Nada ménos. Eran los Hermanos de la Doctrina cristiana, que se hacian matar retirando heridos de los puestos más avanzados, ó *Hermanas de la Caridad*, que jamás se permitían un solo momento de descanso miéntras había heridos cuya sangre era preciso restañar.»

Hasta ahora estaba acostumbrado el mundo á ver la

vista *El Consultor de los Párrocos*, núms. 51, 53 y 55 del año 1873, en los que se demuestra que esta asociacion es *anticatólica* por su objeto y sus tendencias, y no haber contado para nada con la Iglesia, y ser instrumento de la masonería.

mano del Catolicismo, siempre y en todas partes que hubiera que aliviar alguna desgracia de la humanidad: si ésta ha de ser socorrida con tierno cuidado, con solicitud y con amor, preciso es encomendarla á la caridad cristiana.

La Cruz Roja es una asociacion materialista, que solo se cuida del cuerpo, y que, á pesar de su nombre, nunca lleva un crucifijo para presentarlo á los ojos del soldado moribundo: la caridad católica cura las heridas del cuerpo y procura la salud del alma.

La Cruz Roja, ¿qué consuelos puede prodigar al soldado, á quien hay que amputar algun miembro, ó con qué esperanzas endulzará los últimos momentos del moribundo? Pero la caridad católica llora con el desgraciado, le prodiga los consuelos que solo sabe dar la religion, convierte su pensamiento hácia Dios y le muestra el Cielo.

La Cruz Roja se compone de muchos hombres que juran y blasfeman; la caridad católica, de Religiosos y Monjas que ruegan y lloran. Los primeros podrán prodigar sus cuidados con esmero y puntualidad si se quiere; pero, ¿podrán ni aun imitar la ternura, la delicadeza, la sensibilidad de aquellas inocentes Hermanas de la Caridad, que aparecen como ángeles humanos?

Muchos de los miembros de la Cruz Roja prestan sus auxilios por un salario, y otros por vanidad, para que se hable de ellos; la caridad católica presta los suyos por conciencia y por religion.

Fácil sería continuar todavía el paralelo, pero basta lo dicho para probar que el principio materialista es incapaz por sí mismo de mejorar la condicion de las víctimas de la guerra, y que léjos de mejorarla con los socorros que quiere prestarles independientemente del Catolicismo, la ha empeorado. ¡Pobres heridos, si quedasen exclusivamente confiados á la filantropía, si hubiesen de ser socorridos solamente por la *Cruz Roja!*

En resumen; el principio indiferentista ó materialista aumenta las guerras y las hace más sangrientas; tiene recelosas á las naciones y las obliga á sostener ejércitos numerosos en tiempo de paz; pervierte al soldado y apaga

su valor y su disciplina, y es incapaz de remediar ó disminuir los males de la guerra, que hace servir á su egoismo.

Solo el principio católico es el que puede hacer la felicidad de las naciones, tanto en la guerra como en la paz. El solo es el regulador de la verdadera civilizacion.

CAPITULO IV.

La Iglesia protectora del órden social.

Todo sistema que se encamina próxima ó remotamente á destruir el órden social, es enemigo de la Iglesia católica, y todo sistema enemigo de ésta, tiende á perturbar el órden social. Tan íntimamente ligados están la una y el otro.

Nuestro siglo ha sido fecundo en estos sistemas, si no inventándolos, esforzándose en reducirlos á la práctica, que es mucho peor: y haciéndonos temer por la violencia y tenacidad con que son defendidos, que va á llegar pronto un dia en que la sociedad sea sacudida por espantosos trastornos, si los hombres de bien no se unen decididamente para evitarlos ayudando á la Iglesia, que es la única que puede luchar victoriosamente contra aquéllos.

Las sociedades secretas no se contentan ya con promover resoluciones políticas, como hasta aquí han hecho, sino que quieren llevar á cabo revoluciones sociales, destruyendo todo lo existente, para formar una sociedad nueva segun sus calenturientas utopias: no se contentan con turbar la tranquilidad pública, sino que quieren turbar la tranquilidad doméstica; no les basta tener en alarma á todos los Gobiernos, sino tambien á todos los padres de familia y aun á todos los hombres honrados.

Han enardecido todas las malas pasiones, han despertado todos los malos instintos del pueblo vicioso y han formado compactas y numerosas falanges, que son un peligro continuo y una amenaza contra el órden, contra la familia